

Editorial

LA CIENCIA POLÍTICA EMÉRITA

Abdito intra uestem ferro profiscitur
Tito Livio (*Ab urbe condita*)

HA PASADO YA TIEMPO suficiente desde que se fundó FORO INTERNO como para poder tener una primera impresión de su recorrido.

Cuando nuestra revista aparecía a comienzos del siglo veintiuno, eran muchas las dudas que la ciencia política suscitaba internacionalmente. La teoría había pasado cuatro décadas de franca postergación. Los años comprendidos entre el final de la segunda guerra mundial y la caída del Muro de Berlín en 1989 habían traído una exagerada preponderancia de la ciencia empírica. Quizá por eso se empezaba a ver la necesidad de recobrar la cordura y abrir paso a una reformulación de lo político. Las revistas de las asociaciones profesionales hacían hueco a los trabajos teóricos, al tiempo que algunos departamentos se preguntaban si no se habría llevado demasiado lejos el entusiasmo por una ciencia alejada de la tradición filosófica.

Tras estos años, las instituciones no han sabido protegernos frente a la monotonía y liviandad de lo que se cae por los caminos debido al trote de los furgones empíricos. Hoy más bien ha aumentado la deprimente sensación de que la ciencia de la política está carente de rumbo y de que sólo le queda ofrecerse como auxilio a las instituciones y a la inercia de los programas universitarios. Como mucho, se cuenta con la novedad de aproximarse a la empresa privada para intentar venderle algunos de los hallazgos de nuestra ciencia; al menos aquellos que, aun diseñados para las instituciones públicas, puedan tener utilidad en las grandes o pequeñas organizaciones privadas.

Paralelamente, los problemas internos de la democracia han crecido. Cada vez es más patente la urgencia de indagar lo que está pasando. Es preocupante cómo se asimilan los términos corrupción y democracia de una manera tal que algunos ya se atreven a decir que son sinónimos. Para unos el mal viene de la naturaleza humana, mientras que para otros se debe a la mundialización de la política. Quizá, dicen también algunos, a la pérdida de valores. En resumen, son muchos los que consideran estas desviaciones como algo imparables a la vista del gigantismo de los procesos y de las compulsiones irreversibles a las que la sociedad mundial se ha permitido dar rienda suelta.

En cierto modo llama la atención que la alarma no haya saltado con más fuerza. Quizá por razones generacionales, ahora se juntan sobre el tablero académico los que arrastraron la ciencia de lo público al historicismo más inerte con los partidarios de la reducción de la política a lo jurídico institucional, los *estadistas*. Con ellos se han asociado también en la profesión los ardorosos partidarios de la politología como arte sujeto a las reglas de las ciencias de la naturaleza; son técnicos comprometidos en la instalación de un saber práctico con garantías de comprobación y sujeto siempre a las normas epistemológicas.

De todo este batiburrillo y del cierre verdadero de la era romántica —no el que se celebró prematuramente a finales del diecinueve—, un cataclismo que trajo el hundimiento estrepitoso de aquellas gestas tiránicas de las *soluciones finales*, nos ha quedado una ciencia política perpleja y *émérita*. Su refugio es alcanzar la jubilación aferrada a la experimentación empírica o al rigor deductivo de los andamiajes institucionales del estado occidental, a algunos incluso les basta con quedarse con los estudios electorales; en fin, se trata de agarrarse a algo tangible que al menos esté ahí y nos asegure el contacto con la realidad fugitiva.

En medio de este panorama, también comienzan a detectarse giros drásticos en la visión de lo político. Actualmente apunta una nueva teoría incipiente que deja ver hasta qué punto habíamos estado hipnotizados por falsos *tropoi* y visiones heroicas, artilugios mentales que nos mantenían en esferas y círculos enclaustrantes.

A la altura del año 2006, ya se ven algunos signos alentadores. Nuevas voces y equipos de trabajo empiezan a salirse de los escenarios trillados de la politología y exigen una definición distinta del ciudadano. Por primera vez en mucho tiempo se empieza a descubrir que la teoría política ha estado sometida a severas restricciones no visibles en apariencia. La angustia y el desánimo ante el retroceso de la democracia o la militarización de lo político empiezan a notarse, a la vez que se toma conciencia de *la otra trascendencia de la guerra*. Hoy no es fácil postular la necesidad patriótica de la lucha armada o la belleza del heroísmo guerrero, de las *hazañas bélicas*, ni se hace sencillo publicar un concepto de

revolución que equivalga, como se hacía en el pasado siglo, a guerra civil. El desarrollo del armamento nuclear ha traído una nueva verdad: que el tiempo histórico es limitado y ya no está abierto a la especulación libérrima que se planteaba escenarios y futuros sin poner precio al tiempo necesario para ello. Si a los economistas de la posguerra les enseñaban que había bienes inagotables y gratis, como el aire y el agua, a los politólogos les inculcaban que el tiempo histórico estaba ahí para disponer de él a *coste cero*. Nuestra situación actual no nos permite pensar ya con tales presupuestos.

La militarización de la vida y la mundialización de la existencia —que esconde en su trasfondo una profunda angustia por la claustrofobia de un mundo cada vez más homogéneo y próximo— son realidades que están acelerando el trabajo hacia una nueva teoría política de nuestro tiempo. De igual modo que la irrupción de la locura se erige, junto al miedo a perder la vida de forma violenta y prematuramente, que ya mencionaba Thomas Hobbes, como el otro gran miedo motor de la conducta.

En este sentido, una recuperación esencial de la vida pública está siendo la inclusión del *gobierno del individuo* como tema central de la teoría política. De ello encontraremos en este número un avance en el trabajo que trata de la figura de Moisés Maimónides.

Quizá por todo lo anterior, la recuperación de la retórica que proponía Quentin Skinner en su reciente visita a Madrid sea un tema tan fundamental. La reapertura del caso de la retórica pone el dedo en una llaga irritante y nos abre a un mundo en el que no sólo lo inherente sino también lo contingente es esencial para comprender la vida pública. La vida actual exige a nuestra ciencia respuestas que nos saquen de una perplejidad cada vez más depresiva y estéril.

JAVIER ROIZ